

# *España en la obra de Domingo Faustino Sarmiento*

EDUARDO SEGOVIA GUERRERO

## I. INTRODUCCIÓN

En la República Argentina, el Romanticismo, ese «especial estado de conciencia» que surge en Europa en la primera mitad del siglo XIX y que en mayor o menor intensidad impregna a toda la cultura europea del siglo, aparece unido a una generación de hombres —la de 1837— que tendrá capital importancia en la historia política, social e intelectual del país.

Al producirse los movimientos de independencia, en Argentina como en el resto de Hispanoamérica, predominan junto a resabios aún vigentes del pensamiento tradicional, las ideas de la Ilustración que constituyeron, en general, el andamiaje ideológico con el que se justificaron dichos movimientos. Pero los hombres que hicieron la revolución son todavía un producto de las pautas vigentes en la América española. Los románticos, en cambio, hombres nacidos alrededor de 1810, coincidiendo con los comienzos de la emancipación, son los primeros representantes de la intelectualidad argentina independiente. Como tales, se moverán dentro de la órbita del historicismo romántico, importado directamente de Francia, sin mediación española.

La generación «romántica», o de «los proscritos», constituye uno de los fenómenos más diferenciados dentro de la historia de la cultura y el pensamiento argentinos y, al mismo tiempo, de los de mayor trascendencia.

El grupo de figuras que en principio se agrupan en torno a Esteban Echeverría, recientemente llegado de Francia, y que cuenta con nombres tan importantes como los de Juan Bautista Alberdi, Vicente Fidel López, Domingo Faustino Sarmiento, Juan María Gutiérrez, entre los más conocidos, constituye el núcleo principal de la intelectualidad que, luego de la caída del gobierno de Juan Manuel de Rosas —caída en la que ellos colaboraron combatiéndolo desde la proscripción— ocupará también los más importantes cargos de la política nacional. Por eso también se les conoce como los hombres de la «organización nacional» o como generación de «los constituyentes» por su participación en el Congreso que en 1853 elaboró la Constitución Nacional.

Los intelectuales de la generación de 1837, que como ya hemos señalado habían nacido hacia los comienzos de la revolución argentina, crecieron en medio de los avatares de las luchas por la independencia y los posteriores de la inestabilidad, el desorden, la anarquía, el caudillismo y la dicotomización del país en unitarios y federales, y llegaron a la juventud en pleno gobierno autoritario de Rosas. Esta particular y dramática situación histórica que constituyó el entorno en el que les tocó vivir, mas su deseo de superar las hondas divisiones que habían esterilizado la vida nacional, les llevó a buscar inspiraciones y soluciones en las ideas europeas de la época, a cuyo trasplante los argentinos de entonces fueron tan afectos. Como consecuencia de esto, surge un romanticismo local, diferente del francés, el alemán o el español incluso. Las dos notas más características de esta particular versión argentina del romanticismo europeo serán: una fuerte tendencia liberal y democrática en lo político, por un lado, y por otro, un marcado, inapelable a veces, sentimiento antiespañol.

Creemos que la actitud antiespañola de la primera generación de intelectuales argentino se debe fundamentalmente a tres razones: primero por las luchas con España por lograr la independencia, aún muy cercanas en el recuerdo; luego porque ellos —los intelectuales— se sienten imbuidos de una actitud casi mesiánica que les lleva a tratar de completar la independencia, rompiendo los lazos culturales que seguían oprimiendo a la antigua colonia. A la independencia política, conseguida por la generación anterior, debía seguir una independencia intelectual que ellos debían alcanzar. Artificiosamente, quieren romper con la tradición cultural española y, al intentar esta desvinculación, caerán en brazos de la cultura francesa, dentro de cuyo influjo comenzarán a moverse y con lo cual provocarán una auténtica crisis de identidad al renunciar a un componente fundamental del ser nacional argentino. Hay, finalmente, una tercera razón, que sirve en parte de descargo de los románticos argentinos y es que,

es preciso reconocer, la España del siglo XIX, en general, no vivía un momento especialmente brillante y en ella no podían encontrar los modelos que sus inquietudes culturales les llevaban a buscar. Por otro lado, los ideales democráticos a que ellos aspiraban, eran más fácilmente encontrables en la cultura francesa, sobre todo la de los siglos XVIII y XIX.

Esta casi visceral actitud anti-hispánica les llevó a enjuiciar a la antigua metrópoli, su cultura, y sobre todo, su obra en América, es decir, la herencia legada a los pueblos americanos. El balance no puede ser más negativo. A esa herencia española adjudican gran parte de los males que sufren esos pueblos. España es para ellos barbarie —por usar términos sarmientinos— que se oponen a la civilización.

Sarmiento, Echeverría, Juan María Gutiérrez, fueron quienes hicieron gala de un anti-hispanismo más constante e irreductible. Alberdi, Vicente Fidel López y Mitre, en cambio, con gran honestidad intelectual, revisaron luego sus posiciones respecto de España y llegaron a conclusiones más justas y objetivas. Esta moderación y sensatez no fue característica de la actitud de Domingo Faustino Sarmiento, uno de los nombres capitales de la historia cultural y política argentina y uno de los mayores talentos —por otro lado— de la generación de románticos argentinos.

## II. ANTI-HISPANISMO INICIAL DE SARMIENTO

En la obra de Sarmiento, la actitud antiespañola común a toda la generación de 1837, alcanza su más alto nivel. Encontramos en ella todos los prejuicios dominantes en América después de las guerras de independencia, pero con el agregado de una agresividad poco frecuente. Es el odio del que habla Blanco-Fombona: «¡Qué odio a España el el suyo! ¡Qué odio a todo lo que huele, en instituciones, costumbres, letras, a español! ¡Qué odio tan... agresivo, tan injusto, tan tremendo, tan odio!»<sup>1</sup>.

Parte siempre Sarmiento de la común idea en la época de la esencial incapacidad española para asimilar no sólo el sistema democrático de gobierno, sino todo lo que constituye la civilización moderna. A partir de allí, arriba a conclusiones de tal nivel de injusticia e ignorancia —que, por otro lado, va a mantener como constantes de su pensamiento— que se constituirán en la parte más vulnerable de su obra. Sin el menor espíritu crítico, se adhirió a todos los

---

<sup>1</sup> R. Blanco-Fombona, *Grandes escritores de América (Siglo XIX)*, Madrid, 1917.

tópicos de la más exagerada «leyenda negra», sin haber estudiado nunca de manera seria la cultura y la historia españolas, ni a sus autores, ni a sus obras, ni a las fuentes documentales. Buscaba «a-priori» justificaciones antiespañoles y, por supuesto, las encontró con facilidad en autores franceses y norteamericanos.

En su primer gran libro, posiblemente su obra más importante, *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, insiste en la idea ya anticipada en sus escritos iniciales de que a la herencia española se deben los males que aquejan a los países americanos de origen español. En cambio, la gran nación del Norte, de la que tantas veces habló con admiración, había podido adaptarse a la vida democrática y «civilizada». Esto había resultado imposible a las nuevas naciones hispanoamericanas, puesto que sólo habían recibido de España una tradición opresiva y la tendencia a gobiernos absolutistas.

La idea de la esencial incapacidad legada por España a América, la había desarrollado ya Sarmiento en un artículo dedicado a comentar un estudio de José Victoriano Lastarria acerca de la obra española en Chile<sup>2</sup>. Sin embargo, en este escrito, Sarmiento se manifiesta con mayor objetividad. Al menos reconoce que España no tenía malas intenciones, sino sólo eso: incapacidad. España, según él, trataba a las colonias como se trataba a sí misma; cometió con ellas los mismos errores que le llevaron a su decadencia interna. Llama también la atención en este artículo el que Sarmiento no cayera en posiciones contra España desde las perspectivas indigenistas tan frecuentes en autores americanos. Por lo contrario, si mal concepto tiene del componente racial español, mucho peor es el que tiene del indígena. Critica a España que no haya tratado al indio con la dureza que su condición de raza inferior exigía. Sin duda piensa que en esta, como en otras cosas, debió seguir el modelo de la colonización de la América del Norte.

Desde el prejuicio acerca de la «raza» española, enjuició Sarmiento a la cultura española. En los años juveniles de su estancia en Chile, mantuvo una agria polémica con los discípulos de Andrés Bello—figura capital de los ambientes culturales chilenos de la época—acerca de cuestiones lingüísticas. Los seguidores del venezolano tildaban a Sarmiento y a su compañero en la proscripción, Vicente Fidel López, de «afrancesados» por su desconocimiento de los autores españoles y su manifiesta afición por los escritores franceses. Sarmiento les replicó que la literatura española del siglo XVIII carecía de fuerza y de calidad. Examinó los libros que se leían en Chile en

---

<sup>2</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas*, t. II, Santiago de Chile, 1886.

esos momentos y llegó a la conclusión de que de ellos, el 80 por 100 eran franceses y sólo el resto eran de origen español.

Sin conocer profundamente a la literatura española, le negó, por principios, valores. Dentro del marco deprimente de la literatura hispana, sólo rescata a la figura de Mariano José de Larra, a quien, si bien consideraba más un periodista que un escritor, admiraba profundamente, igual que sus compañeros de proscripción, Alberdi, sobre todo.

En 1837 había aparecido en Buenos Aires el periódico «La Moda», inspirado y dirigido por el joven Juan Bautista Alberdi, y en gran medida órgano de expresión del grupo que se había formado en torno a Esteban Echeverría. Con «La Moda» trataban, por un lado, de oponerse a la dictadura de Rosas, dentro de los naturales condicionamientos de la época, y, por otro, difundir las ideas en boga en Europa. Es notable la influencia de Larra, autor que se había suicidado en Madrid pocos meses antes, en los autores del periódico. Alberdi firma sus notas con el nombre de «Figarillo». El mismo explica por qué, con palabras que constituyen un claro homenaje al romántico español: «Por muchas razones me llamo Figarillo y no Fígaro. Primero, porque este nombre no debe ser tocado ya por nadie, desde que ha servido para designar el genio inimitable cuya temprana infausta muerte lloran hoy las Musas y el siglo.» «... Me llamo Figarillo, y no otra cosa, porque soy hijo de Fígaro, es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido Fígaro, tampoco habría habido Figarillo: yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra»<sup>3</sup>.

Sin duda, Sarmiento compartió la admiración de Alberdi por Larra, único escritor o periodista español que le merece consideración. Debió conocer sus escritos en Chile y seguramente siguió leyéndole, como se nota a través de la gran afinidad existente entre los temas tratados por uno y otro de sus diversos escritos<sup>4</sup>.

A pesar de vivir circunstancias históricas diferentes, tanto Larra como Sarmiento, hombres de su tiempo, coinciden tanto en el análisis de las causas que provocan los «males» de sus respectivos países, como en las soluciones a que debía apelarse para superarlos. Desde las perspectivas liberales y progresistas, atacan a los regímenes absolutistas, ya fueran el caudillismo americano o el carlismo español, causantes del atraso intelectual, de la pobre situación económica y

<sup>3</sup> «La Moda», núm. 4, diciembre 9 de 1837, reimpresión facsimilar, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1938.

<sup>4</sup> En L. Lorenzo-Rivero, *Larra y Sarmiento. Paralelismos históricos y literarios*, Madrid, 1968, puede encontrarse un análisis completo de este tema.

el desorden que reinaba en ambos pueblos. Son partidarios, sí, del desarrollo de la educación popular, de la tolerancia religiosa, de la libertad de creación intelectual y de prensa, del fomento de los medios de comunicación para superar los desiertos y la dispersión de las poblaciones que mantienen en la pobreza tanto a Castilla como a las pampas argentinas. Ambos usan la expresión «europeizar» y la postulan para sus países, a los que era necesario incorporar al «mundo moderno» respecto del cual permanecían marginados. Para ambos, el modelo a imitar era Francia. En el caso de Sarmiento, se incorporó luego como paradigma supremo a los Estados Unidos de Norteamérica.

Así como Larra critica a la España de 1830, Sarmiento criticará a la España de 1840. Sin duda, Sarmiento debió tener en cuenta las críticas de Larra cuando, en 1846, al enfrentarse con la península, parece enjuiciarla con los mismos argumentos que el escritor madrileño.

### III. EL VIAJE DE SARMIENTO A ESPAÑA

Sarmiento, que había llegado a Europa como enviado del gobierno chileno para estudiar los sistemas educativos imperantes, permaneció algunos meses en Francia y entró en España el 2 de octubre de 1846. Tras un largo viaje, y después de pasar brevemente por Burgos, arribó a Madrid, donde permaneció algunos días. Recorrió luego Córdoba, Sevilla, Cádiz, Gibraltar, Valencia y Barcelona. En diciembre, camino de Argel, estuvo seis días en Palma de Mallorca. Escasos dos meses en total, pero que a él le parecieron suficientes para realizar, con ojos americanos, uno de los más feroces enjuiciamientos que se hayan hecho a España.

En el relato que luego hizo de sus experiencias en Europa, Africa y los Estados Unidos<sup>5</sup>, se encargó el autor de dejar muy bien sentido cuáles eran sus intenciones y cuáles los prejuicios con los que se aproximó a España: «Esta España, que tantos malos ratos me ha dado, téngola, por fin, en el anfiteatro, bajo la mano; la palpo ahora, le estiro las arrugas, y si por fortuna me toca andarle con los dedos sobre una falla a fuer de médico, aprieto maliciosamente la mano para que le duela, como aquellos escribanos de los tribunales revolucionarios.» Llega, pues, para «levantarle —como él dice— el proceso verbal, para fundar una acusación que, como fiscal reco-

---

<sup>5</sup> Domingo F. Sarmiento, *Viajes por Europa, Africa y América*, Buenos Aires, 1971.

nocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión de América; a bien que no son jueces tachables por parentesco ni complicidad los que han de oír mi alegato».

No hay en Sarmiento ninguna intención de conocer o entender al país y a sus gentes. Viene simplemente a confirmar sus ideas, a reiterar los reproches que de antemano había preparado. Como señala Ricardo Rojas, «con tan somera y fugaz experiencia, Sarmiento se atreve a juzgar a España, porque en realidad no la juzga por lo que ha visto, sino por la interpretación que desde América trae sistematizada sobre la historia de ese país»<sup>6</sup>.

Es evidente que Sarmiento sólo vio lo que había resuelto que quería ver. Su intransigencia e incomprensión le llevan, además, a deformar y exagerar la realidad que ve. Todo es lícito en él para justificar y demostrar sus esquemas mentales previos.

Al pueblo español lo considera como el más primitivo de Europa. Basándose en hechos aislados por él observados en la península, lo juzga haragán y con una religiosidad lindante con el fanatismo. «Por sus costumbres y su espíritu —dice— el pueblo español es el más romano que existe hoy día. Todos sus males le vienen de ahí, enemigo del trabajo, guerrero, heroico, tenaz, sobrio y apasionado por los espectáculos, todavía pide *panem et circenses*, para vivir feliz en medio de su caída.» Esto último lo relaciona Sarmiento con las corridas de toros. Después de asistir a este espectáculo, afirma Sarmiento que el español acudiría gustoso a un combate de gladiadores o a una quema de herejes por la Inquisición. Las corridas de toros revelan, además, una sed de sangre, que sería una de las características del pueblo español y —afirma con tremenda simplicidad— que fue legada en herencia a los pueblos americanos. Ello explicaría las luchas fratricidas entre unitarios y federales. Si bien en este tipo de conclusiones afloran nuevamente los prejuicios del autor, sin embargo, la descripción que hace de la «fiesta», es colorida y simpática. Nada escapa a su observación: el ambiente, las costumbres populares, las vestimentas. Se siente atraído por las capas y las mantillas. Describe con ojos de romántico, fascinado por lo popular y típico, pero termina siempre asumiendo el papel del implacable fiscal en el que ha decidido convertirse.

A la valoración negativa que de las gentes españolas hace Sarmiento, coherentemente la relaciona con la del país que él visita y ve. Es evidente que hay síntomas de postración en España y él se delecta en señalarlos. Lo que no hay en la obra son los menores atisbos

---

<sup>6</sup> Ricardo Rojas, *El profeta de la pampa. Vida de Sarmiento*, Buenos Aires, 1945.

de ponderación o de comprensión, ni de justicia siquiera, para explicar la decadencia en función de las particulares circunstancias históricas.

Tiene Sarmiento un primer contacto con Burgos que, «con su catedral gótica, se levanta cual sombra de los tiempos heroicos, como el alma en pena de la caballería española». Por un momento parece dominado por la fascinación histórica que de la ciudad se desprende: «Burgos de noche es la vieja Burgos de las tradiciones castellanas, la morada del Cid, la catedral gótica más bella que se conoce». Podría reconocerse aquí en Sarmiento a uno de esos viajeros románticos que se emocionan ante los vestigios de la historia española. Pero pronto cambia de tono. Se impone nuevamente el crítico implacable y pareciera que pueden más, en sus juicios, los inconvenientes de los viajes. Critica los caminos, los coches de caballos, las fondas y las ventas a las que encuentra deplorables, las comidas. No hay concesiones al «color local».

Continúa Sarmiento su recorrido y siempre encuentra ocasiones para contabilizar defectos y carencias: atraso cultural, falta de industrias, escasa población en las ciudades, poco desarrollo de la educación pública, ignorancia, miseria. La falta de simpatía sólo se interrumpe por momentos, como cuando reconoce la hospitalidad madrileña, «... la cordialidad y la franqueza de las costumbres y cierto aire de hospitalidad americana que hace del extranjero, a la tercera visita, el miembro de la familia», «... la misma llaneza que hacía amar al español por aquellos mismos que, como yo, detestan todos sus antecedentes históricos».

Con similares prejuicios observa a la cultura de la época, inexistente para él, en España «que es la nación que menos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de inteligencia, porque el atraso no es una civilización, ni produce una literatura». Atraso es, pues, la palabra que define y resume a la cultura española. No es raro, entonces, que la literatura, el teatro y el arte estén muertos para él en España. Sarmiento se pregunta cómo es posible que no existan «escritores, ni sabios, ni políticos, ni economistas, ni historiadores, ni cosa que lo valga». Es evidente que más que hacer un diagnóstico, lo que realiza es una inapelable condena de muerte. Esto se hace especialmente notable en el campo del arte. «¿Cómo ha sucedido —se pregunta— que la pintura haya muerto en España; pero muerto a punto de desaparecer completamente, como si jamás hubiese existido?» Como señala Manuel Gálvez<sup>7</sup>, es inconcebible que

---

<sup>7</sup> Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento. El hombre de la autoridad*, Buenos Aires, 1945.



estas reflexiones se las planteó Sarmiento a escasos dieciocho años desde la muerte de Goya.

Hay como una obstinación en la pasión que le impide a Sarmiento ver a España desapasionadamente y comprenderla. De esta manera, cuando se enfrenta con El Escorial, que le impresiona desde el punto de vista artístico, concluye detestándolo por cuanto es para él un símbolo del absolutismo, causante, además, de los males no sólo de España sino también de los americanos.

A pesar del repertorio de improperios que permanentemente esgrime Sarmiento contra España, no faltan en *Viajes* algunos momentos de verdadera lucidez. Así, al hablar de la diversidad de trajes regionales, apunta a una de las características que más han condicionado a España en su evolución: el regionalismo como obstáculo para lograr la unidad del estado: «Esta diversidad de trajes, muy pintorescos, sin duda, revela, sin embargo, una de las llagas más profundas de la España: la falta de fusión en el Estado. Las provincias españolas son pequeñas naciones diferentes y no partes integrantes de un solo Estado.» Observa este fenómeno, sobre todo, en el País Vasco y en Cataluña. Estos razonamientos le permiten eliminar de España a lo que él más admira: Cataluña. «Estoy por fin fuera de España —afirma al llegar a Barcelona—, pues así son todos los catalanes; otra sangre, otra estirpe, otro idioma...» «La población es activa, industrial por instinto... aquí hay ómnibus, gas, vapor, seguros, tejidos, imprenta, humo y ruido; hay, pues, un pueblo europeo.»

#### IV. LA OBRA DE ESPAÑA EN AMÉRICA

En 1883, Sarmiento ya con setenta y dos años, publica la primera parte de *Conflicto y armonías de las razas en América*, que pretendía ser su obra cumbre y que no resultó más que un intento falso de interpretación sociológica e histórica de América desde una perspectiva racial. Constituye la obra otro nuevo e implacable proceso a España a través, sobre todo, de la historia de la conquista y la colonización americanas.

Parte Sarmiento del hecho indudable de la existencia de una mezcla de razas en América. A través del aporte de cada una de ellas, verá el grado de desarrollo cultural e institucional para llegar a la conclusión de que los graves problemas que aquejaban a América eran debidos a la herencia española y al mestizaje étnico.

Al considerar a cada uno de los componentes raciales, define a la «raza española» como un elemento decididamente negativo. A diferencia de los colonizadores ingleses del Norte de América, pertene-

cientes a una «raza superior» por otra parte, los españoles provenían de un país que, en el momento de la colonización americana, se encontraba agotado como consecuencia de las luchas contra los moros y sumido, además, en un mundo de fanatismo religioso y de retrógradas ideas. Esto se vio agravado por el hecho de haber permanecido España al margen de la Reforma protestante, fuente, según el autor, de los grandes adelantos intelectuales y políticos de los tiempos modernos y de haberse encerrado, por el contrario, en el marco de la Inquisición, acelerando con ello su decadencia.

Si negativo es el aporte hispánico, más grave será el hecho de que a la «mala condición de los españoles», se agregan en América, por el mestizaje, dos razas decididamente inferiores. Sobre una raza cobriza como base, constituida por el elemento indígena, se mezclan, como accidentés, la blanca de españoles, y la negra: «Iba a verse lo que produciría una mezcla de españoles puros, por elemento europeo, con una fuerte aspersión de raza negra, diluido todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia, y casi los tres elementos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno»<sup>8</sup>.

La valoración negativa de lo que Sarmiento llama «raza española» es constante, y frecuentemente se reafirma en ella, como cuando afirma: «No es cierto que... haya dicho que a juicio de los grandes pensadores modernos, la raza española sea una raza en decadencia. Dije algo peor; que he repetido en mis escritos: que es una raza de mente atrofiada que no da esperanza de mejora.»

Como contraposición a lo ocurrido en la América española, apela Sarmiento al ejemplo de la América del Norte. Allí la raza europea permaneció en estado puro, lo que provocará una serie de importantes consecuencias, una superior colonización inglesa y un gran desarrollo institucional y económico. Mientras en el Norte se afianza la estabilidad y el progreso, en el Sur imperaba la desorganización y la anarquía. Frente a la disposición norteamericana para vivir en un régimen democrático, la herencia española y el mestizaje sólo llevaron a los gobiernos despóticos de los caudillos.

En general, las críticas que Sarmiento hizo a España, formaban parte del repertorio de tópicos, muy de la época, que compartían todos los hombres del romanticismo argentino. Es en cierta medida comprensible. Más injustificable resulta que una obra como *Conflicto y armonías*, que pretende ser científica, emprenda la historia de España y su proyección en América mediante análisis que no tienen en

<sup>8</sup> Domingo Faustino Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, 1915.

cuenta las fuentes documentales, jurídicas o literarias. Se basa, sobre todo, en autores franceses y norteamericanos del siglo XIX y acepta las versiones que dan sin someterlas a un mínimo de crítica. La «leyenda negra» tiene para Sarmiento valor de ley. Es necesario, además, tener en cuenta que el autor es un hombre ya, con una envidiable carga de experiencias intelectuales y políticas, lo que hace menos fácil justificar su falta de objetividad.

Sin embargo, Sarmiento, al hacer el análisis de la obra de España en América en general, y de la obra de gobierno en particular, rescata a una institución, la única, según él, que llevaban los españoles a América: el Cabildo. En un escrito anterior, *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina*, ya se había ocupado de los cabildos, a los que considera «encarnación de las libertades».

En *Conflicto*, no escatima ya elogios a la institución municipal: «Pudiera decirse que los españoles no traían a América más institución que ésta de la municipalidad, que es tan antigua, está tan arraigada en el corazón de los pueblos que, cuando la España se vio privada de su rey en 1809, se organizó en Juntas, por millares, y se dio tantos gobiernos como aldeas y villorrios contaba». De esta manera, Sarmiento relaciona ya a las instituciones municipales españolas con las reacciones en la Península contra el invasor francés, y, lógicamente, con la posterior formación de juntas en América, de las que surgirían los primeros gobiernos independientes.

Reconoce Sarmiento que, en América, operaban factores sociales e históricos distintos y que, por ello, «Alteróse la institución sacándola de su objeto y haciendo de por vida sus empleos, lo que los convirtió en negocio e hizo a los ayuntamientos agresivos para invadir atribuciones, haciéndose ellos mismos centro de intriga, de corrupción y de tiranía». Las condiciones locales habrían llevado, pues, a que los Cabildos, de larga tradición española, en América, en gran medida, se desvirtuasen. A pesar de ello, Sarmiento, en uno de sus últimos trabajos, publicado después de su muerte<sup>9</sup>, llega a considerar al cabildo colonial como muy superior a la institución municipal de su propia época. En este escrito, un tanto inusitado, extiende el autor sus elogios al gobierno de España en América, en general. Considera a sus instituciones políticas como formas jurídicas cultas y civilizadas que los españoles trasplantaron a América y que contrastan notablemente con las posteriores de la época independiente que sólo llevaron al desorden y a la anarquía.

---

<sup>9</sup> Domingo Faustino Sarmiento, «El constitucionalismo en la América del Sur», en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, núm. 1, t. I, Buenos Aires, 1898.

## V. RECONCILIACIÓN CON LO ESPAÑOL

La final valoración positiva que Sarmiento hace del cabildo hispánico, así como de otros aspectos del gobierno colonial, parecieran indicar el comienzo de una reconciliación del autor, en los últimos años de su vida, con lo español que, según algunos autores, constituía un elemento subyacente aunque fundamental de su ser.

Es cierto al menos que, en esos años finales, sus actitudes y sus palabras fueron menos agresivas y que ganaron en moderación. Como ejemplo de esto podría señalarse que mantuvo correspondencia con Emilio Castelar, cuyos discursos le produjeron auténtico entusiasmo, y con otros autores y editores españoles. En 1873, siendo Sarmiento Presidente de la República Argentina, pronunció un célebre *Discurso de la bandera*, en el que pronuncia las más bellas palabras que sobre España dijera: «Debemos a España la sangre que corre por nuestras venas y cuando la desgracia aflige a sus hijos —se está dirigiendo a los españoles residentes en Buenos Aires— podemos pagar la de sus héroes, los Solís, los Ayalas, los Arala, los Garay, que se sacrificaron para fundar estos pueblos. Habrá patria y tierra y libertad y trabajo para los españoles cuando en masa vengan a pedirnoslo como una deuda.» También el terremoto que asoló a Andalucía en 1885, le dio ocasión para referirse, con términos sinceramente cariñosos a España, para la que pedía ayuda «a sus hijos de América».

Autores como Ricardo Rojas reconocen una esencial españolidad en Sarmiento, que explicaría incluso su actitud combativa, puesto que «Combate a España por su fanatismo, su quietismo, su absolutismo —accidentes políticos y, por lo tanto, modificables—, pero ama a nuestra raza en nuestra lengua y tiene el don hereditario de la más rancia castidad. Escribe contra los españoles, pero se precia de su sangre española»<sup>10</sup>.

El mismo Rojas refiere que, con motivo de una visita que hizo a Unamuno, éste le comentó que acostumbraba leer a un amigo ciego páginas de Sarmiento. En una ocasión en que le leía algunos párrafos, especialmente duros hacia España, el ciego le manifestó su asombro, pues, en contra de lo que le ocurría con otros extranjeros, las críticas de Sarmiento no le ofendían. La explicación, tanto para Rojas como para Unamuno, residía en que Sarmiento «hablaba mal de España como un español».

Unamuno comparte totalmente el criterio de Ricardo Rojas acerca de la íntima españolidad del autor del *Facundo*. «Si algún criollo —dice— ha cultivado la manía de contribuir las deficiencias de su

---

<sup>10</sup> Ricardo Rojas, *Obras*, t. XII, Buenos Aires, 1925.

casta —o las que le parecían tales sin hacerlo— a la herencia española, fue el que en el campo de la literatura marcó la mayor genialidad, el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad. Claro está que me refiero al argentino Domingo Faustino Sarmiento. Sarmiento habló mal de España siempre que tuvo ocasión de hacerlo, y hasta inventando ocasiones para hacerlo. Y, sin embargo, Sarmiento era profunda y radicalmente español»<sup>11</sup>.

Sarmiento, según Unamuno, no haría más que criticar las viejas tradiciones españolas, de la misma manera que lo hacen los españoles. Al menos, agregamos nosotros, esto es particularmente cierto con respecto a Larra, de cuyas afinidades con Sarmiento hemos hablado ya.

Sin duda, tanto Ricardo Rojas como Unamuno tienen razón en cuanto a que existe una evidente identificación racial y temperamental de Sarmiento con lo hispánico. Sin embargo, creemos que ello no justifica esa larga, constante, pertinaz, labor de destrucción sistemática de cuanto de hispánico tiene el ser nacional argentino. Sin duda, a esa obra de Sarmiento y de cuantos quisieron romper «los últimos lazos» que les unía con España; de completar la independencia política con esa otra independencia más sutil, la del campo de la cultura, las tradiciones, las costumbres, se debe, en gran parte, la mencionada crisis de identidad en la que se ha debatido la cultura argentina en muchos momentos de su historia. En el caso de Sarmiento, todo esto es menos disculpable, por cuanto ni siquiera parte de posiciones americanistas o indigenistas, sino de su ingenua admiración hacia los modelos anglosajones.

---

<sup>11</sup> Miguel de Unamuno, *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana*, Madrid, 1968.